

Palabra de Hannah Arendt. Ser o no ser periodista en la era punto cero

Autor / Author

GUTIÉRREZ DE CABIEDES, Teresa

Editorial / Publishing company

Ediciones Encuentro. Madrid. 2015. 154 pp

Este ensayo, escrito a modo de intercambio epistolar, es un muy interesante acercamiento a la vida y el pensamiento de Hannah Arendt a través del análisis de una de sus obras más leídas: *Eichmann en Jerusalén*. Con la excusa de persuadir a su ficticia interlocutora de que ahonde en las raíces de la búsqueda de la verdad para que comprenda si el periodismo es o no su vocación personal y profesional, la autora va intercalando citas de la filósofa hebrea a la vez que indaga en su pensamiento y método filosófico. Al final, el lector habrá podido descubrir cómo la pretensión que animó a Arendt durante toda su vida quedó plasmada de manera concreta en ese libro, o en esos reportajes, y que se puede resumir como la voluntad explícita por comprenderse a sí misma y el conjunto de la realidad por medio de una narración en busca del sentido.

Teresa Gutiérrez de Cabiedes, quien ya publicara en Encuentro una amplia biografía de Arendt, ha hecho un esfuerzo por destilar y seleccionar aquellos pasajes de la obra de esta pensadora de origen alemán que más ayudan a comprender ese itinerario vital. Creo que el resultado es muy positivo, sobre todo porque la brevedad del ensayo va unida a una invitación constante a acercarse directamente a las obras de la filósofa para ampliar y comprender mejor su pensamiento.

Dada la brevedad inevitable de esta crítica, me limitaré a señalar algunos de los pasajes que creo más interesantes para el humanista, o en general, para todo aquel que trate de encontrar elementos críticos y metodológicos con los que acercarse a la comprensión de un mundo tan complejo y cambiante como el que nos ha tocado vivir. El medio siglo que nos separa de la autora hebrea puede que la convierta en más actual que en su momento, como me parece haber descubierto en esta presentación de su obra, porque

«la bisagra entre su biografía y su pensamiento son, precisamente, los trabajos periodísticos que firmó. Lejos de ser un aspecto menor de su obra, esos textos van a caballo de su vida y manifiestan cómo su afán por comprender fue su motor intelectual y existencial. Durante la década

de los 40, Arendt apenas publicó una antología de ensayos. Hasta 1951 no vio la luz su primera gran obra: *Los orígenes del totalitarismo*. Sin embargo, siempre he pensado que Arendt desarrolló su neófito filosofía política usando como formato los ensayos y columnas periodísticas» (p.17)

A mi juicio este libro tiene un gran acierto al plantear la divulgación de la obra de la filósofa hebrea desde la clave metodológica-vivencial. Si su obra sigue suscitando interés, es porque encierra la hondura del espíritu humano, no porque se dedicara a dar, como algunos hacen o pretenden «claves de lectura». Y esa hondura la encontramos en una vida que para ser comprendida necesita ser narrada, esto es, hecha consciente en un contexto tanto histórico como biográfico.

«De hecho, todos sus libros son un conglomerado de textos académicos y periodísticos recompuestos, reescritos y, en varias ocasiones, reeditados íntegramente. Y ese itinerario narrativo constituía el hilo invisible pero recio que cosía la biografía y el pensamiento de Arendt en una única pieza. (...) Necesitaba comprender no un mundo abstracto de ideas, sino el mundo real, la actualidad que le rodeaba. Y para ello necesitaba contar esa actualidad pensada» (p.18)

En el primer acercamiento en serio que hace la interlocutora ficticia al libro Eichmann en Jerusalén, se describe en ejercicio qué significa querer comprender: describir la realidad sin prejuicios para intentar extraer de ella la verdad, no para decir lo que entiendo de ella. Sin duda ese método estuvo en el origen del escándalo que produjeron los reportajes, y a la vez, del éxito que ha tenido esa obra: ayuda a comprender.

«Pero es que me alucina cómo Arendt va despejando la incógnita sobre este personaje. Sobre todo cuando ella sí detecta un logro en Eichmann. Aquel funcionario que intentaba destacar por su eficacia había descubierto que había un problema burocrático: el judío que quería obedecer a la "emigración forzosa" tenía que hacer tanto papeleo que para cuando terminaba el último ya había caducado el primero. (...) pienso que aquella periodista dio en el clavo, precisamente porque se aproximó a Eichmann con más curiosidad que prejuicios. Yo pienso que hasta ella misma se daba cuenta de que iba por libre al contar el proceso» (p.39).

En términos muy coloquiales, como corresponde a la interlocutora ficticia en el ensayo, pero que recogen muy bien la impresión que causa el relato elaborado por la Arendt, y por tanto, el ejercicio que ella misma hizo y que resumía con estas palabras transcritas al final del capítulo 5:

«Cuanto más se le escuchaba, más evidente era que su incapacidad para hablar iba estrechamente unida a su incapacidad para *pensar*, particularmente,

para pensar desde el punto de vista de otra persona. No era posible establecer comunicación con él, no porque mintiera, sino porque estaba rodeado por la más segura de las protecciones contra las palabras y la presencia de otros, y por ende, contra la realidad como tal» (p.40)

Como decía más arriba, la clave biográfica es la puerta por la que acercarse a la Historia en este particular método de Arendt. Y el capítulo 6 está dedicado a ver aquellos artículos periodísticos, dejando a un lado a Eichmann, en los que el acercamiento a una persona constituye un foco de luz: las personas son las ideas hechas vida. Recoge así los retratos periodísticos, que normalmente acompañaban sus reseñas literarias, de la escritora Isak Dinesen (p. 42), del Papa Juan XXIII (p.44) o del Bertolt Brecht (p.45), aunque anima a acercarse a los ensayos en que se recogieron decenas más, recordando las palabras de la propia Arendt:

«La convicción que constituye el trasfondo inarticulado sobre el que estos retratos se dibujaron es que incluso en los tiempos más oscuros tenemos el derecho a esperar cierta iluminación, y que esta iluminación puede llegarnos menos de teorías y conceptos que de la luz incierta, titilante y a menudo débil que irradian algunos hombres y mujeres en sus vidas y sus obras, bajo casi todas las circunstancias y que se extiende sobre el lapso del tiempo que les fue dado en la tierra» (p.46)

Los 16 capítulos (o correos electrónicos entre las dos interlocutoras) van, a un tiempo, ahondando en los reportajes que componen *Eichmann en Jerusalén*, y con ello en los grandes temas que inquietaron la reflexión antropológica y política de Arendt. Así, por ejemplo, entre el 7 y el 8 plantea la cuestión de la verdad moral, la verdad jurídica y el encuentro con la realidad, así como parte de la agria polémica que suscitó su planteamiento.

Al mismo tiempo, muestra cómo el estilo narrativo en Arendt es más que eso, es un esfuerzo por construir su biografía, por ayudarse a comprender lo incomprensible de la *Shoah*, lo que a su vez, le permitía salvarse a sí misma y a quienes quisieron comprenderlo, del escándalo provocado por el libro. La narración como método para salvar el alma del escándalo de lo incomprensible. Porque el escándalo de la Shoah, confiesa la propia filósofa hablando en nombre propio y de su marido, les suponía aceptar que había sido real «algo con lo que no podían reconciliarse». Son especialmente oportunos los textos que la autora reproduce aquí, tomados de una reseña de la escritora Isak Dinesen:

«los cuentos salvaron su amor y los cuentos también salvaron su vida después del desastre. “Se puede soportar todo el dolor si se lo pone en una historia o se cuenta una historia de él”. La historia revela el significado de aquello que de otra manera seguiría siendo una secuencia insoportable de meros acontecimientos. (...) Es cierto que narrar una historia revela significado sin cometer el error de

definirlo, que crea consentimiento y reconciliación con las cosas tal como son realmente, y que incluso podemos confiar en que contiene la última palabra que esperamos del "día del juicio"» (p.58)

La autora resume en estas páginas la complejidad de un método que es, a un tiempo, narrativo y hermenéutico, pues si la narración es el modo de hacerse habitable el mundo, al mismo tiempo aporta una construcción de sentido que integre los conocimientos e informaciones con que nos encontramos. Y el libro de Eichmann en Jerusalén sería el ejercicio más acabado de dicho método, ya que con él «consiguió ver la luz, y con ella, la reconciliación con la realidad. (...) entre su correspondencia inédita de su archivo privado he encontrado una carta en la que Arendt se refiere a sus reportajes de Eichmann como una "cura posterior"» (p.59) al conocimiento de la existencia de las cámaras de gas. Frente a la inevitable acusación de subjetivismo o de circularidad que este planteamiento provoca, la autora recuerda que Arendt partía de una confianza previa en la realidad, «pues confía en que al cabo la imaginación captará al menos un destello de la siempre temible luz de la verdad» (p.60).

Analizando más en detalle el escándalo de la banalidad del mal, en los capítulos 9 y 10 la autora nos plantea el esfuerzo de Arendt por comprender, no tanto la cuestión secundaria con la que se desató el ataque contra la autora (unas pocas páginas dedicadas a la colaboración de algunos judíos), sino cómo la propaganda política puede llegar a anestesiar a las personas particulares y a una sociedad entera. «Esos nazis criminales, ¿en qué medida eran la Alemania de entonces? ¿Cómo puede ser que en uno de sus momentos de mayor riqueza cultural, ese país estuviese lleno de asesinos, de locos, de marionetas o de cobardes? Arendt viaja del personaje a la sociedad que lo parió» (p.70).

Interesantes páginas que ayudarán, sin duda, a descubrir cómo la propaganda, que hoy cuenta con mayores y mejores medios de penetración en la sociedad, maneja los resortes que Himmler dominaba con genial destreza hasta convencer a una sociedad entera de que él era su conciencia, y que la reflexión personal es una ocupación ociosa, inútil, innecesaria y estéril.

Además de algunas consideraciones sobre el estilo periodístico, es interesante en el capítulo 10 la nota que nos ofrece acerca de lo que bautiza como «método de comprensión arendtiano» (p.78), asistemático, independiente y genial, que en un encuentro con amigos y alumnos poco antes de morir describió con una metáfora que nunca había desvelado, pero con la que ella se lo representaba «pensar sin barandilla». Puesto en ejercicio en los capítulos 11 y 12 cuando analiza el horror de la corrección política como mordaza de la conciencia y la necesidad de comprender los hechos más allá de la planicie de la inmediatez, uno de los grandes riesgos del periodismo.

«Pienso que hoy en día tampoco puede decir abiertamente lo que Arendt denunció en aquel momento. O al menos escribir públicamente en estos términos también terminaría en linchamiento intelectual. Como dice Arendt y a mí me da escalofríos otra vez. "No tuvo Eichmann ninguna necesidad de 'cerrar sus oídos a la voz de su conciencia', tal como se dijo en el juicio, no, no tuvo tal necesidad debido, no a que no tuviera conciencia, sino a que la conciencia hablaba con voz respetable, con la voz de la sociedad que lo rodeaba"» (p.85)

Además del suicidio intelectual que supone dejarse llevar por la corrección política, en sus últimos capítulos, el libro nos permite acercarnos a otras cuestiones fundamentales como el valor de la conciencia, el supremo valor de la libertad y de las acciones de un solo hombre para cambiar la historia y la sociedad. ■

AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)